

INTRODUCCIÓN

El proyecto de trazar la impronta haitiana en el imaginario cubano se ha ido gestando a lo largo de varias décadas: desde una fascinación juvenil con las resonancias de la Revolución Haitiana en la historia de mi país natal, Polonia, y el descubrimiento del «nada mentido sortilegio de las tierras de Haití» en las páginas de *El reino de este mundo*, hasta una serie de epifanías que me proporcionaron mis viajes a Cuba y las investigaciones sobre su literatura. Fuente de inspiración y esperanza, por un lado, y objeto de temor, por el otro, Haití es «una isla que se repite» en el imaginario de otras culturas, pero con inversiones y variantes inesperadas. Ejemplos de estas miradas recíprocas no dejan de aparecer, como se puede apreciar en el artículo de Edwidge Danticat «Marie Micheline», publicado por el *New Yorker* el 11 de junio de 2007. Por otra parte, mientras más se ahonda en la historia de los haitianos en Cuba, más obvios resultan los olvidos, las lagunas y las contradicciones.

A pesar de nuestra sabiduría posmoderna y poscolonial, tan ostentada en el umbral del siglo XXI, tampoco se ha extinguido del todo el sensacionalismo asociado con los estereotipos exótico-primitivistas acerca de Haití. Por otra parte, resulta alentador presenciar el auge de las investigaciones sobre Haití que trascienden el impulso inicial del bicentenario de la independencia haitiana (1804-2004) y sugieren una profunda consolidación del campo autónomo de los estudios haitianos (Prou 2005: 193). En el curso del año 2004, el diálogo sobre Haití —su historia, su presente, su futuro— animó numerosos simposios locales e internacionales, entre ellos: «Pays revé, pays réel: Legacies of the 1804 Haitian Revolution» (UCLA); «The Haitian Revolution Viewed Two Hundred Years After» (The John Carter Brown Library); «Reinterpreting the Haitian Revolution and its Cultural Aftershocks» (The University of the West Indies, St. Augustine, Trinidad); «The Haitian Revolution: History, Memory, Representation» (Northwestern University); «Haiti and the Hemisphere: 1804-2004» (NYU); «Santo Domingo/Saint-Domingue/Cuba: 500

años de esclavitud negra y transculturación en las Américas» (Universidad de Colonia, Alemania); «La révolution et l'indépendance haïtiennes: autour du bicentenaire de 1804, histoire et mémoire», 36e colloque de l'Association des Historiens de la Caraïbe (Barbados). Algunos periódicos académicos dedicaron números especiales al legado de la Revolución Haitiana, incluyendo *Yale French Studies* («Haiti issue»); *Research in African Literatures* («Haiti, 1804-2004: Literature, Culture, Art»); *Small Axe* («Profondes et nombreuses: Haiti, History, Culture, 1804-2004») y *Présence Africaine* («Haïti et l'Afrique»). A partir de la efemérides del 1 de enero de 2004 la bibliografía sobre la Revolución Haitiana ha ido aumentando exponencialmente, con énfasis cada vez más frecuente en aproximaciones de carácter interdisciplinario (Hoffmann/Gewecke/Fleischmann 2008).

En cuanto a Cuba y Haití, sin llegar a ser «de un pájaro las dos alas», ambos países se insertan en el devenir histórico de destinos paralelos, pero también entrecruzados, cuyos ejes son la esclavitud, la economía de la plantación, la insurgencia revolucionaria, los complejos procesos de hibridación y la constante sombra de la presencia geopolítica de los Estados Unidos. Para muchos historiadores, la trascendencia de la Revolución Haitiana en el destino político de Cuba resulta más que evidente, tanto en la manipulación del «fantasma de Haití» para mantener el estatus colonial de la «siempre fiel Isla de Cuba» a lo largo del siglo XIX, como en la paulatina y duradera formación de «unos imaginarios nacionales, unos estereotipos que durante mucho tiempo criminalizaron, y en parte lo siguen haciendo, a un grupo amplio de población cubana» (Naranjo Orovio 2007b: 314). Milagros Elena Martínez Reinosa dice sin ambages que el flujo migratorio desde Haití a Cuba fue «uno de los elementos de acumulación constitutiva de la que ha salido la nación cubana» (2008: 143).

Hay quienes, por otra parte, hacen descollar los procesos de diferenciación entre ambas naciones. En palabras de María Dolores González-Ripoll:

frente al Haití negro de procedencia esclava y de creencias religiosas poco ortodoxas provenientes del sustrato espiritual africano que cristalizó en la práctica del vudú, emergió en isla vecina de Cuba un discurso criollo fundamentado en el habitante blanco católico, defensor de la cultura europea deseada, factor de enorme trascendencia en la creación de un imaginario excluyente a lo largo del siglo XIX (2004: 14).

En todo caso, no he encontrado una forma más sucinta de resumir el impacto de la Revolución Haitiana sobre la vecina isla de Cuba que recurrir a las bien

conocidas palabras del gran estadista y pensador de la época, Francisco Arango y Parreño: «la insurrección de los negros del Guarico ha agrandado el horizonte de mis ideas» (1952c: 150).

La presencia tangible de Haití en Cuba —producto de dos grandes oleadas migratorias y de los continuos nexos culturales, políticos y socioeconómicos entre ambos países— es innegable, sobre todo en la parte oriental de la isla. Puesto que los inmigrantes haitianos no cruzaban la trocha de Júcaro a Morón —una línea de fortificaciones construida por los españoles, que divide la isla de Cuba más o menos por la mitad—, al oeste de la trocha la presencia haitiana era esporádica. Para muchos, el carácter distintivo del Oriente cubano se debe precisamente a su posicionamiento histórico como «zona de contacto» con Haití. Hay que destacar, sin embargo, que mientras que en otros países —desde la vecina República Dominicana hasta los Estados Unidos— prevalece el estereotipo unívocamente negativo de Haití, en Cuba esta percepción es mucho más ambivalente, marcada por la compleja dinámica de fascinación y rechazo.

Espectros y espejismos: Haití en el imaginario cubano responde a un impulso de abordar los (des)encuentros cubano-haitianos desde la perspectiva predominantemente crítico-literaria. Lo que me ha alentado en esta investigación ha sido la conciencia de moverme en un amplio margen de posibles hallazgos y sorpresas y de acceder a las zonas que permanecen casi intocadas en la bibliografía existente. Al contrario de las ciencias sociales —sobre todo la historiografía y la antropología— que han acumulado un cuantioso acervo de estudios sobre la presencia de Haití en Cuba, este tema no ha sido aún objeto de monografías en el área de estudios literarios y culturales. Amén de algunas excepciones, tampoco son muchos los artículos de carácter sintético, destacándose entre ellos los ensayos «Entre crainte et admiration: Haïti et les Haïtiens dans le récit cubain contemporain» (2006) de Odette Casamayor y «Los escritores cubanos y Haití» (2007) de Emilio Jorge Rodríguez. Ambos críticos proporcionan pistas sumamente útiles para ir más allá de las representaciones literarias de Haití bien conocidas, como lo son los textos de Alejo Carpentier, Mayra Montero y Antonio Benítez Rojo. Por añadidura, hay que recordar que pocas de las publicaciones sobre el tema haitiano en Cuba han recibido una divulgación que merecen, dispersas como están en la prensa periódica, colecciones de ensayos o memorias de congresos. Por todo lo anterior, el punto de partida para este proyecto ha consistido en proporcionar un telón de fondo socio-histórico sobre el cual se recortarán ejemplos de la narrativa cubana —y en algunos casos haitiana— cuyas coordenadas temáticas corresponden a los encuentros y desencuentros entre sendas culturas. Tal vez el acopio y

la síntesis de datos bibliográficos derivados de las ciencias sociales excedan los parámetros habituales de un estudio crítico-literario. Creo, sin embargo, que el sello franco-haitiano en la conformación de la sociedad cubana es lo suficientemente complejo como para justificar el examen de todas las aristas de este proceso.

En términos metodológicos, *Espectros y espejismos* no se apoya, en modo alguno, en una sola aproximación. Mientras que voy apelando a algunos conceptos específicos (lo abyecto de Julia Kristeva, la semiótica del miedo de Iuri Lotman, la heterología de Michel de Certeau, los lugares de memoria de Pierre Nora), siempre busco una alianza productiva entre la teoría y los textos primarios y trato de evitar el peligro de aprisionar la literatura en el lecho de Procusto de la rigidez teórica. Por otra parte, me doy cuenta de que la problemática de «lo haitiano en el imaginario cubano» desborda el mundo de la creación literaria. Más que una instancia definida, el imaginario social, según nos ha enseñado Cornelius Castoriadis en *La institución imaginaria de la sociedad* (1975), es un acto creativo, siempre en potencia y siempre indefinido, que capta la relación dinámica entre la conciencia y la realidad por mediación de las imágenes. Dado el papel de lo imaginario en las producciones simbólicas, considero que las incursiones en la esfera de la historia, la etnología o la psicología resultan tanto necesarias como críticamente fructíferas para el análisis literario. Al leer siempre en conexión con el acontecer socio-histórico, espero matizar las diversas encarnaciones de la otredad haitiana que aparecen en los textos bajo análisis.

Espectros y espejismos: Haití en el imaginario cubano consta de seis capítulos. En el curso de la investigación, mi sospecha original —de que no existe un corpus literario claramente delineado de «lo haitiano en Cuba»— se volvió certeza. Efectivamente, obras de literatura cubana que asignan un papel protagónico a Haití y a los haitianos no hay muchas: además de los libros bien conocidos de Carpentier (*El reino de este mundo*, 1949; *El siglo de las luces*, 1962) y Mayra Montero (*La trenza de la hermosa Luna*, 1987; *Del rojo de tu sombra* 1992; *Tú, la oscuridad*, 1995) contamos con las novelas de Marta Rojas (*El columpio de Rey Spencer*, 1993) y de Pablo Armando Fernández (*Otro golpe de dados*, 1993), varios cuentos y una novela, *Mujer en traje de batalla* (2001), de Antonio Benítez Rojo y, finalmente, *En el altar del fuego* (2007), novela póstuma de Joel James Figarola. Existe, además, en la literatura cubana un acervo muy variado de textos que tratan la temática haitiana un poco de soslayo pero que merecen atención crítica más enfocada. Debido a su diversidad y complejidad, este corpus de textos primarios ha resultado de gran pertinencia para mi proyecto, catalizando posibilidades analíticas inesperadas

en su riqueza y llevándome por derroteros nuevos en el (re)descubrimiento del imaginario cubano-haitiano vertido en la creación literaria.

El primer capítulo, «Hacia una historia de la presencia haitiana en Cuba (I): el espejo empañado de la Revolución Haitiana», tiene como eje estructurante la Revolución Haitiana y el impacto económico, político y cultural que tuvo sobre Cuba la gran oleada migratoria franco-haitiana de principios del siglo XIX. En el transcurso de varias décadas las huellas francesas en la «cultura del café» en Cuba han sido estudiadas con ahínco por numerosos historiadores. Según se verá a lo largo de este capítulo, las ideas de Jorge Berenguer Cala (1989), Laura Cruz Ríos (2006), Carlos Esteban Deive (1989), Rafael Duharte Jiménez (1988), Rolando Álvarez Estévez (2001), Jean Lamore (1993) y Francisco Pérez de la Riva (1944), entre otros, me han servido para tejer un telón de fondo imprescindible para mi propio análisis. Por otro lado, a lo largo del siglo XIX, el cafetal de tipo francés en Cuba se convirtió en una verdadera atracción turística para los viajeros extranjeros y nacionales, quienes dejaron constancia de sus impresiones en cartas y relatos (Abiel Abbot, Frederika Bremer, la Condesa de Merlín, Richard Henry Dana, Hippolyte Piron, Cirilo Villaverde). Además de recoger, brevemente, este acervo testimonial, me enfoco más específicamente en dos novelas cubanas, *En el cafetal* (1890), del matancero Domingo Malpica La Barca (1836-1909) y *Via crucis* (1910) de Emilio Bacardí Moreau (1844-1922), que captan las diversas facetas costumbristas de la cultura del café traída a Cuba por los refugiados franceses.

Buena parte de este capítulo recoge y sintetiza los resultados de las investigaciones historiográficas de las últimas dos décadas, donde cobran más relieve los asuntos vinculados con «el miedo a otro Haití» y su secuela en el imaginario cubano. Entre los trabajos glosados se destacan en particular los de María del Barcia Zequeira (2006), Ada Ferrer (2005), Alejandro Gómez (2006), Consuelo Naranjo Orovio (2006c) y Stephan Palmié (2002). Finalmente, cabe indicar que a los estudios canónicos publicados en Cuba sobre la historia haitiana —como el imprescindible libro de José Luciano Franco, *Documentos para la historia de Haití en el Archivo Nacional* (1954)— se han ido juntando reflexiones inspiradas por el bicentenario de la Revolución Haitiana que colocan la experiencia haitiana en el contexto caribeño, como el volumen *La Revolución de Haití en su bicentenario* (2004) editado por María Luisa García Moreno, o el número especial de la revista *Del Caribe* (2004) con artículos sobre Jacques Roumain, Toussaint Louverture, y un haitiano en la guerrilla del Che, entre otros temas.

Mientras que este «evento inconcebible» que, en palabras de Michel Rolph Trouillot (1995), fue la Revolución Haitiana tuvo un impacto inmediato en el

discurso de los estadistas cubanos y en el imaginario popular de la época, no ocurrió lo mismo con la literatura cubana decimonónica, donde la huella de Haití estaba disfrazada bajo la retórica abolicionista. Para una visión testimonial de la diáspora franco-haitiana en Cuba, remito en este primer capítulo al libro de la norteamericana Mary Hassall (conocida también como Leonora Mary Hassall Sansay, A Lady of Philadelphia), *Secret History, or, The Horrors of St. Domingo: In a Series of Letters, Written by a Lady at Cape François to Colonel Burr, Late Vice-President of the United States* (1808). Me detengo también en *La historia de Santiago de Cuba* (1828) del historiador cubano José María Callejas y Anaya, basada en las vivencias del autor y relatos de sus contemporáneos. La obra de Callejas y Anaya es *de facto* la única fuente de la época que recoge, si bien de manera indirecta, la experiencia de la primera oleada migratoria desde Haití a Cuba. Dado su carácter único, no es de extrañar que el libro de Callejas se haya convertido en la fuente de referencia obligatoria e inspiración para Bacardí y Moreau a la hora de confeccionar sus *Crónicas de Santiago de Cuba* (1908-1913) y, en particular, el segundo volumen de esta monumental obra que cubre el período de 1800 a 1850 e incorpora muchos datos sobre la presencia franco-haitiana en la isla.

Aunque no quedan testimonios directos de los prófugos de Saint-Domingue que se asentaron en Cuba a principios del siglo XIX, noticias de las atrocidades perpetradas por los esclavos insurgentes contribuyeron, sin duda alguna, a forjar el estereotipo de un Haití negro, salvaje y bárbaro. Cuba se vio en una posición de doble filo, que Rafael Duharte Jiménez ha resumido en este sucinto comentario: «Por una parte, al barrer a Haití del mapa productor antillano [la Revolución Haitiana] abrió una coyuntura económica única en la historia colonial de la Isla, y por otra creó el ‘miedo al negro’, espectro que durante más de medio siglo congelaría políticamente a los hacendados criollos» (1983: 83). Es precisamente dentro de este marco contradictorio donde ubico el llamado *Libro de pinturas* de José Antonio Aponte, un artesano negro libre residente de La Habana acusado por las autoridades coloniales de ser líder de una conspiración «a modo de Haití». Incluyo, además, referencias a los imprescindibles estudios sobre la conspiración de Aponte publicados en los últimos años por Matt D. Childs (2006), Sybille Fischer (2004) y Stephan Palmié (2002). Según advierto en mi análisis, en la literatura cubana del siglo XX, Aponte llegó a integrar el panteón de héroes revolucionarios, siempre en estrecha conexión con el ejemplo rebelde de Haití, según se puede apreciar en la lectura de *El reino de este mundo* (1949) de Alejo Carpentier, *Vista del amanecer en el trópico* (1974) de Guillermo Cabrera Infante y *El polvo y el oro* (1993) de Julio Travieso Serrano. Cierro este capítulo con algunas observaciones sobre la especificidad regional

del Oriente como producto de su proximidad a Haití y su posicionamiento particular dentro del enclave circuncaribeño.

En el segundo capítulo, «Hacia una historia de la presencia haitiana en Cuba (II): los nómadas de las Antillas», trazo las rutas reales e imaginarias de la segunda oleada de inmigrantes haitianos que arribó a las costas cubanas en el primer tercio del siglo xx. Con este fin exploro el vasto corpus de estudios historiográficos y antropológicos, testimonios y textos de ficción narrativa. Catalizada por el auge azucarero en Cuba y por el deterioro de las condiciones económicas en Haití a raíz de la ocupación por los Estados Unidos (1915-1934), esta migración llevó a un establecimiento de comunidades haitianas muy distintivas en varias áreas de Camagüey y Oriente. Los altibajos de la economía cubana —desde la llamada «Danza de los Millones» (1914-1920) hasta el derrumbe de la producción azucarera en los años treinta— afectaron directamente la legislación inmigratoria y, en consecuencia, tuvieron un gran impacto sobre el destino de los braceros antillanos, incluyendo la repatriación forzosa de miles de haitianos a finales de la década. La presencia masiva de haitianos y su evidente otredad lingüística, étnica y religiosa ante sus vecinos —guajiros cubanos— no solamente reanimó los viejos prejuicios en las zonas rurales del suroeste cubano sino que resucitó también los espectros del miedo a Haití en el discurso urbano de los letrados de los años 1920-1930.

A lo largo del capítulo II hago una síntesis de los debates que se desarrollaron bajo los rótulos alarmistas sobre la «africanización de Cuba» y «la inmigración indeseable», situándolos dentro de un marco más extenso del imaginario social y de los procesos de construcción de la identidad nacional cubana. Un segmento de este mismo capítulo está dedicado a analizar las resonancias de la segunda ola migratoria haitiana en las letras de Cuba y de Haití. En Cuba, propongo una lectura detenida de *Marcos Antilla: relatos de cañaveral* (1932) de Luís Felipe Rodríguez (1884-1947), *Ecué-Yamba-O* (1933) de Carpentier y «Aquella noche salieron los muertos», un cuento largo de Lino Novás Calvo (1905-1983) originalmente publicado en la *Revista de Occidente* (diciembre 1932) e incorporado más tarde en la colección *La luna nona y otros cuentos* (1942). Hasta donde he podido determinar, la bibliografía crítica sobre *Marcos Antilla* y «Aquella noche» es sumamente limitada mientras que el enfoque que planteo en mi lectura es prácticamente inexistente.

La teoría —de hecho, varias teorías— están en el trasfondo de este análisis. No obstante, a diferencia de los estudios donde la teoría de por sí funciona como una suerte de salvoconducto, en mis lecturas también intento poner a prueba los límites del usufructo de la teoría. Por cierto, espero que la conceptualización de lo abyecto propuesta por Julia Kristeva y las reflexiones de Iuri Lotman

acerca de la «semiótica del miedo» me sirvan para desvelar las capas antes inéditas de la inscripción de la alteridad haitiana en estos textos. Al mismo tiempo, creo haber demostrado que los textos más complejos se resisten a ser gobernados por la teoría y que, en vez de desplegarse ante su «aplicación», acaban plegándose sobre sí mismos.

Según he mencionado antes, la problemática de los braceros antillanos en Cuba encontró también su expresión en la literatura haitiana: desde *Viejo* (1935) de Maurice Casséus y *Gouverneurs de la rosée* (1944; *Gobernadores del rocío*) de Jacques Roumain hasta *L'Espace d'un cillement* (1959; *En un abrir y cerrar de ojos*) de Jacques Stephen Alexis. Además de estas novelas, estudiadas aquí en detalle, hay que mencionar algunos textos menos conocidos que tratan el tema de manera marginal: *Le drame de la terre* (1933) de Jean-Baptiste Cinéas y *Canapé vert* (1942) de Philippe Thoby-Marcelin y Pierre Marcelin.

En la segunda parte del capítulo II paso a describir cómo en la primera mitad del siglo xx Haití se constituye en el imaginario literario y artístico cubano no solamente mediante el contacto cotidiano con los inmigrantes haitianos en el suelo patrio, sino también a través de los viajes a Haití emprendidos por escritores, artistas e intelectuales tan prominentes como Carpentier, Nicolás Guillén o Wifredo Lam. Aunque la distancia geográfica entre Cuba y Haití es mínima, la lejanía percibida en términos de diferencia cultural, tal como observó Guillén, resulta a veces mucho mayor. Por cierto, el viaje y el enfrentamiento con el «otro» es una metáfora constante de búsqueda de la identidad y del (auto)descubrimiento. En el Circuncaribe, la experiencia de viaje se tiñe de matices más diversos: desde la ignominia de la travesía del Atlántico hasta las migraciones de exiliados y expulsados, desde los periplos de braceros y balseros hasta las exploraciones de antropólogos y turistas. En este sentido, es iluminador el siguiente comentario de Mayra Montero, que ha dedicado gran parte de su obra narrativa a Haití:

Se me ha preguntado infinidad de veces, por qué razón una escritora cubana, que nació y se formó en Cuba, escribe sobre Haití, o sobre haitianos que emigran a la República Dominicana [...]. Me he pasado media vida —entiéndase como media vida literaria— inventándome excusas: el enorme, antiguo, ensoñado relato de mis vínculos con Haití, es eso mismo: un enorme, antiguo y ensoñado cuento de caminos. Quizás ese sea el más cubano y el más logrado de todos mis cuentos, el más azul de todos mis príncipes. Es posible que mi forma de acercarme a Haití y a los haitianos de mis novelas, sea una forma agazapada, resentida, un poco dura, de acercarme a Cuba. Hay quienes sostienen que para los escritores cubanos mirar a Haití equivale a situarse frente al turbulento relato de los orígenes. Nunca mejor dicho entonces en lo que a mí concierne. Esta elección de Haití en tres novelas y

otros tantos relatos, no es una pasión infantil, como he mentido en tantas entrevistas, y probablemente seguiré mintiendo, sino una especie de neurosis, a estas alturas me temo que incurable, una variedad de catatonía medio patriótica y moral (1996: 103).

Los lazos culturales y afectivos que se forjaron entre Haití y Cuba a partir de los años cuarenta han sido estudiados a fondo en el contexto de la amistad y los contactos epistolares que unían a Nicolás Guillén con el gran escritor haitiano Jacques Roumain (Ellis 2003; García 2007; Rodríguez 2007b). En mi trabajo pongo más énfasis en varios artículos de Guillén, publicados a principios de los años cuarenta, donde el gran poeta deploraba los estereotipos antihaitianos en Cuba y abogaba por una reivindicación del legado heroico de la Revolución Haitiana como paradigma de la emancipación del Caribe. Asimismo, dedico una parte de este mismo capítulo II a la *Gaceta del Caribe*, lanzada en 1944 con la participación activa de Guillén como miembro del consejo editorial. A pesar de su breve duración, la revista marcó un momento clave en la cristalización de la percepción cubana de Haití como un país de enorme riqueza cultural y pasado heroico.

Concluyo el capítulo II con una breve discusión de dos libros hoy prácticamente olvidados y difíciles de conseguir, publicados en La Habana por autores no cubanos, donde «el sortilegio de Haití» ha dejado su huella exotocista muy peculiar: *El Haití brujo (Vodou, misterios, desapariciones, hechicerías, cuentos, etc.)* (1936), del dominicano Manuel Tomás Rodríguez, y *El embrujo de Haití* (1937), del ecuatoriano Gerardo Gallegos. Ninguno de ellos alcanza el rango estético de otros textos aquí analizados y, más allá de constituir una rareza bibliográfica, ambos libros, a su modo, refuerzan el estereotipo del haitiano como el «otro», marcado en cursiva y encerrado entre comillas, un residuo primitivista de lo premoderno, preracional y prenatal.

En el capítulo III, «Esta nación que no es una: Haití y la (re)configuración de la cubanidad después de 1959», paso a delinear las representaciones de Haití en varios estudios de investigación socio-histórica, testimonios y textos de ficción narrativa posteriores a 1959. Me sirven aquí como telón de fondo los numerosos proyectos de reivindicación de la herencia haitiana en Cuba, catalizados por el ímpetu revolucionario y la misión de rescatar «la historia de la gente sin historia»: *Las luchas obreras en el central Tacajó* (1979) de Ursinio Rojas; *El crimen de cortaderas* (1983) de Efraín Morciego; *Caidije* (1988) de Jesús Guanache y Dennis Moreno; *Montecafé* (2004) de Dalia Timitoc Borrero. Hago notar también que en los últimos años el legado haitiano ha sido reconsiderado de manera más explícita en el contexto de la formación

nacional cubana. Ejemplos de esta aproximación se encuentran en el libro colectivo *De dónde son los cubanos* (2005), coordinado por Graciela Chailloux Laffita, y en una colección de reportajes de Jaime Sarusky, *Las dos caras del paraíso* (2006).

En contraste con varios proyectos historiográficos o etnológicos de restitución de la presencia haitiana después de 1959, en la ficción literaria del mismo período esta temática no adquiere la misma envergadura de un «proyecto». Por otro lado, los textos que he encontrado forman un corpus lo suficientemente complejo y diverso como para sostener una lectura críticamente productiva, que deja vislumbrar los nexos de unión y de diferencia entre lo haitiano y lo cubano. En el capítulo III abordo, pues, a modo panorámico un mosaico de cuentos y novelas en los cuales la temática cubano-haitiana se vislumbra un poco de soslayo, a través de alusiones, caracteres secundarios o referencias episódicas. Incluyo aquí las novelas de Manuel Granados (*Adire y el tiempo roto*, 1968; *El corredor de los vientos*, inédito), Manuel Cofiño (*Cuando la sangre se parece el fuego*, 1975) y Abel Prieto (*El vuelo del gato*, 1999), así como una novela de César Leante, *Capitán de cimarrones* (1982). En esta yuxtaposición de textos unidos por el hilo temático trato de no perder de vista la singularidad ideológica de cada uno de ellos. La noción de «cubanidad» y su construcción en el proceso de inclusiones y exclusiones basadas en el criterio étnico vuelve a resonar en estas páginas, anticipando otras reflexiones sobre la misma problemática planteadas en los capítulos IV y VI.

Las coordenadas teóricas del capítulo III encuentran su apoyatura en el concepto de la práctica de la vida cotidiana de Michel de Certeau, que suministra una valiosa herramienta para analizar las formas de la inscripción textual de la «diferencia» a través de la noción de «las ciencias del otro» o «heterologías». Al mismo tiempo, para darle armazón a los procesos de (re)apropiación del legado material franco-haitiano en la Cuba revolucionaria, incorporo la noción de «lugares de memoria», originalmente expuesta en la obra colectiva de historiadores franceses *Les lieux de mémoire* (1984-1992), bajo la coordinación de Pierre Nora.

En el capítulo IV me concentro en un análisis pormenorizado de dos novelas, *El columpio de Rey Spencer* (1993) de Marta Rojas y *Otro golpe de dados* (1993) de Pablo Armando Fernández. Ambos textos captan, cada uno a su manera, la dimensión épica de las dos oleadas migratorias desde Haití a Cuba. A partir de la conceptualización de la modernidad como transformación violenta del espacio, exploro aquí el mundo de la plantación cafetalera como enclave de la vigilancia y el ámbito donde se ejerce el poder y control disciplinario tanto sobre los cuerpos humanos como sobre el mundo natural. Los procesos del reparto

de las tierras y el poblamiento de zonas deshabitadas del Oriente se ponen de manifiesto en las actividades de los colonos franco-haitianos y, en particular, del protagonista de *Otro golpe de dados*, Julián Saint-Loup, inspirado en la figura histórica de Prudencio Casamayor. Lo que es notable en este proceso es la posesión simbólica de la naturaleza (la tierra, el monte). El espacio aparece aquí también como el asidero a la memoria, al mismo tiempo que el acto de recordar —igual que el acto de escribir— emerge como una reconstrucción problemática del pasado. Asimismo, retomo en este capítulo muchas de las consideraciones sobre los factores que incidieron en la conformación de la nacionalidad cubana, previamente abordados en mi lectura de la obra narrativa de Granados y Prieto. Aunque el entrelazamiento entre el paisaje y la memoria bien hubiera podido trasladarse a mi análisis a través de la conceptualización de Simon Schama, remito a los lectores al excelente libro de Rafael Rojas (2008) que desarrolla todo el espectro de ideas relacionadas con esta temática y su «aplicación» al caso cubano.

El capítulo V, «La isla que no se repite: la fabulación de Haití en la narrativa de Antonio Benítez Rojo», demuestra cómo Haití adquiere un relieve importante en la perspectiva panantillana de Benítez Rojo. Mientras que, en sus ensayos, Benítez Rojo —igual que Carpentier en su prólogo-manifiesto a *El reino de este mundo*— se propone teorizar el Circuncaribe, en su obra narrativa los modelos y paradigmas ceden paso a un fascinante e inconcluso juego de ambigüedades. La sombra de Haití se vislumbra en uno de los cuentos tempranos de Benítez Rojo conocido como «La tijera», reproducido en varias antologías bajo el título «La tijera rota», en el cuento «Luna llena en Le Cap» (*Paso de los vientos*, 2004), parcialmente reconfigurado e integrado a la novela *Mujer en traje de batalla* (2001) y, de manera más explícita, en el cuento «La tierra y el cielo», originalmente publicado en la colección *El escudo de hojas secas* (1968). La complejidad y audacia formal de estos textos claramente desborda los rótulos, llevándonos por los meandros estructurales y estilísticos de lo oblicuo.

Finalmente, el capítulo VI está dedicado casi exclusivamente a la novela *En el altar del fuego* (2007) del etnógrafo e historiador Joel James Figarola (1942-2006), reconocido experto en la cultura haitiano-cubana y coautor del pionero estudio *El vodú en Cuba* (1992). Puesto que *En el altar del fuego* forma parte de una trilogía, mi análisis es inevitablemente parcial y sin duda alguna será sometido en el futuro a reinterpretaciones y ampliaciones, una vez sea posible hacer una lectura a fondo de los volúmenes que completan la trilogía, *Hacia el horizonte* y *Semejante al amor*, presentados por primera vez por la Editorial Letras Cubanas en la Feria Internacional del Libro en febrero de 2008.

A juzgar por la continua interrogación de la validez de las estrategias del discurso testimonial, *En el altar del fuego* responde a la exigencia de repensar el género testimonial consagrado por la Revolución Cubana como la forma más idónea para rescatar la voz del subalterno. A primera vista, la novela de James Figarola comparte con el testimonio tanto el objetivo de ensanchar la noción de «literatura» como la premisa de que la historiografía siempre está a cargo de los vencedores. No obstante, según demostraré en mi análisis, *En el altar del fuego* tan sólo simula seguir el paradigma testimonial, cuestionando a cada paso la certeza de la representación tan característica del testimonio «canónico». Entretejida con el análisis del importante cuento de Mirta Yáñez, «De muerte natural» (1976), esta aproximación a la novela de James Figarola me permite también reanudar varios hilos temáticos e ideo-estéticos que han ido aflorando en el curso de las interpretaciones que conforman el presente estudio. Finalmente, la novela de Manuel Soler Puig (1916-1996) *Un mundo de cosas* (1982) complementa este cuadro con su vertiginoso vaivén entre las visiones mitificadas y brutalmente realistas del legado haitiano en la zona oriental de Cuba.

Afirmar hoy que Haití es un «otro» para Europa, los Estados Unidos o los países vecinos del Caribe, es constatar lo obvio. Tampoco es suficiente ahondar en las obsesiones personales de autores como Herbert Gold, quienes declaran sin ambages su «adicción» a Haití (1991: 226). Con esta advertencia en mente, considero que la única vía potencialmente productiva de acercarse a la inscripción de Haití en el imaginario cubano y, más específicamente, en la literatura cubana, es cotejar las diferentes formas en que esta alterización o, para usar las palabras de Mercedes López-Baralt, este empeño por «decir al Otro», llega a manifestarse. Es en esta coyuntura de lo discursivo y lo ideológico, de lo estético y lo socio-histórico, donde aspira a situarse mi proyecto.

Versiones exploratorias de algunos retazos del capítulo V, luego ampliadas y rediseñadas, fueron publicadas previamente en: *Cuba: un siglo de literatura (1902-2002)* (Madrid: Colibrí 2004), editado por Anke Birkenmaier y Roberto González Echevarría; *Modernisms and Modernities: Studies in Honor of Donald L. Shaw* (Newark: Juan de la Cuesta Monographs, 2006), editado por Susan Carvalho; *Neo, post, hiper, trans, ¿fin?*, editado por Eduardo Espina (Santiago de Chile: RIL 2008); y *Coloniality at Large: Latin America and the Postcolonial Debate* (Durham: Duke University Press, 2008), editado por Mabel Moraña, Enrique Dussel y Carlos A. Jáuregui.